



**Buñol, Castroforte del Baralla.  
Ignacio Tomás**

**Éste lado de la galaxia**

“No me gusta lo de las estatuas” me decía entre bromas mi padre: citaba a alguien que no recuerdo, “ponen una estatua tuya, y al mes nadie recuerda quien es, y los perros se mean, la gente ni la ve” es mejor que pongan un busto: se refería la cita a una cupletista, imagino que citaba a Valle-Inclán: él tenía elegido el busto de una artista, pero le hice ver las cualidades de Jane Russell, y en eso quedamos de acuerdo “esa, si me hacen una estatua que pongan a esa” así por lo menos la gente la mira con respeto.

Supongo que si yo la mereciera, elegiría a Mónica Bellucci.

Mi padre nació en Macastre, como Dios manda a los de Buñol de toda la vida: mi abuelo, recién venido de América, había conocido a mi abuela en los toros, y el destino que le tocó de médico fue Quesa: al llegar destinado a Macastre es cuando se casó, y estableció casa: en pudiendo se fue a vivir a mi casa, la de su mujer.

Festeaban yendo en calesa, como empezó haciendo mi abuelo las visitas de médico.

Mi abuelo había heredado el nombre de un tío suyo, cura de la corte, que se encargó de gestionar las propiedades de la familia: claro, como era cura, pues bien: hasta que en la corte un día el Conde lo pilló confesando a la Condesa, y el cura salió aventado hacia Méjico. Se llevó el equipaje de mano, los cuadros, y dejó a la familia con todas sus posesiones: ni una; le dió tiempo a dejar arruinada a toda la familia. Mi abuelo, Médico novato en ese momento, en cuanto pudo se fue a Méjico a ver que podía recuperar. Dos cuadros y supongo que la decepción: estuvo de Médico en el ejército de Pancho Villa, y de ahí fue a Nueva York, donde trabajó una temporada en la clínica Mayo: pero la familia aquí no lo estaba pasando nada bien, y siendo el mayor se encargo de volver y encauzar toda la familia; se encauzó él, y en Macastre le pilló la gripe que diezmó a España: le arrebató a su hija, quedó mi padre de hermano mayor en un puesto que no le correspondía; mi abuelo arrastró eso toda su vida.

Y lo trasladaron a Buñol, mi padre era un niño. Hubo unas tercianas, y unas fiebres que empiezan siendo únicas se convierten en una epidemia local, con medio pueblo enfermo: en calesa, y agobiado por los pacientes, no resultó fácil encarar el problema; analizó con sus medios la enfermedad y sacó en su mente un plano; con mi padre de ayudante, y no fácilmente, en la planicie entre la Fuente del Roquillo, la de La Alegría y casi

hasta el San Cristóbal, localizó el origen del problema. Unas vacas sobre la conducción de agua habían emponzoñado el agua con el estiércol, y filtrado, había enfermado a la población; localizada la fuente, se acabó aquello: a cuenta de esto forzó autoridades y, bien fundamentado en argumentos, movilizó al ayuntamiento, y se arregló el sistema de canalización de agua con criterios perdurables e higiénicos.

Aquellas tercianas acabaron de rematar la configuración de una trama de distribución de agua que en su totalidad costó elaborar; todo el pueblo tuvo agua: y desagües; y una vez solventada la higiene, el fluir del agua configuró una de las condiciones de riqueza y sitio de esparcimiento de Buñol.

Si mi tatarabuelo había comenzado la canalización del agua del pueblo, que la acabó mi bisabuelo, mi abuelo puso las bases y argumentos para que hubiera higiene en las conducciones de las Ventas y el castillo: de tal manera se establece la trama hidráulica de distribución de Buñol; y sin la comprensión de la trama hidráulica, Buñol no se comprende.

La estructura geológica de Buñol mantiene en su complejidad dos planos a diferentes alturas que divergen entre el noroeste y el sureste; sobre un karst de gran potencia y con la loma sobre la que se asienta el castillo, y una composición de sedimentación muy variada, diversa y compleja, que acaba unificando los dos planos difuminándolos en el llano; Se había afectado toda la trama de distribución de agua de Las Ventas y el castillo, y los miasmas amenazaron con hacer una masacre; solventado lo inmediato, se canalizó y adecuó higiénicamente esa parte de la conducción de agua, en el fundamento, y redundando añadida, a la del pueblo; desde entonces los problemas higiénicos del agua han estado siempre aparte de toda enfermedad en Buñol.

La trama de distribución de agua elaborada ya no creo que fuera por intuición, premura, codicia, o por criterios de gravedad; porque la estructura de las fuentes del pueblo no corresponde a esos criterios, y las hay muy abajo que fluyen aguas de las que corren por Las Ventas; y en la estructura de distribución del pueblo hay un par de fuentes que se construyeron para aliviar la presión de la conducción hidráulica, en un mecanismo que basa su eficacia en la complejidad simple, en un artefacto único que va desde la ermita de San Luis al Planell y empalma con la trama de Las Ventas, usando la caída como regulador del abastecimiento y unificación. Y funciona: a tantos años de su construcción es evidente que no se pensó para una generación o para un momento, lo cual me indica un planteamiento considerando las necesidades del pueblo.

No concebía la medicina tal cual ahora se muestra; él era médico de Buñol, con todo lo que aquello implicaba. Por tanto estudió la geografía, la historia, y todo el rango de interacciones y flujos entre el medio y el hombre que condicionan la vida: elaboró la Topografía médica; y siguió con sus estudios. La segunda edición de la topografía médica la hice yo, corregí las pruebas de imprenta, los originales, todo lo que conlleva una edición, en Marí Montañana; salió esa edición por agotamiento de la anterior, y mi padre no quería que se perdiera la memoria.

Siempre siguió estudiando y corroborando sus referenciales y criterios en los conocimientos de la época a los que tenía acceso. Un tío de mi abuela había compartido pensión de estudiante con Sorolla en Madrid, y hubo una relación familiar documentada y epistolada; Sorolla anduvo un tiempo por Buñol, veraneando. En Buñol se veraneaba prácticamente de Fallas a Navidad: la gente de los pueblos ribereños de la Albufera y de Valencia, si tenían posibles, enviaban a la familia a Buñol para evitar los contagios de mosquitos y de las aguas ponzoñosas; nunca ha sido una zona saludable Valencia, y es muy costoso que lo sea, es mucho más habitable Buñol, o lo fue. De Valencia enviaban a los niños a colonias, a que se pusieran saludables.

Penella, y tantos otros veraneaban en Buñol; lo que a mí más me afectó de estudiante (*normal*) y condicionó, la estancia en mi casa de Obermaier, al cual mi abuelo le mostró Turche, Las Palomas y Mañán, uno de los sistemas geológicos más bonitos del mundo, que es de mi pueblo, y compone una estructura hidrogeográfica que define los contornos hacia el mar; la estructura geológica de fractura y compresión genera por un lado un sedimento aluvial de descarga, por otro, ciertas formaciones minerales de hondo calado popular: alterada la configuración hidrogeográfica, si no empieza a haber desprendimientos en el monte de los pilaretes, no tardará en suceder. Luego me hizo gracia estudiar a Obermaier en la carrera; eran tiempos más comprensibles desde la óptica en la que enmarcamos los viajes de Cabanilles que en el fragor de la vida de hoy día.

Y en esos fundamentos es como empecé a estudiar Buñol. Hace cuarenta años ahora.

Mi abuelo ya andaba asentado, cuando saltó la última guerra civil. Acabada, le escribió al abuelo del actual Borbón, afeándole el abandono que había hecho; meditaba mucho las cuestiones, y llegado el momento, antes de proclamar a gritos nada, le escribió al interfecto; se conserva el telegrama de respuesta desde Estoril, un tiempo después, una generación después. Saltó la guerra, y se disparó el mal, la codicia, la envidia, la maledicencia, y no fueron buenos tiempos: la delación de un comunista llevó a mi abuelo a la cárcel, a San Miguel y los Reyes; la persistente insistencia de otro comunista, el alcalde Furriol, lo acabó sacando, o ayudando a ello; en el tiempo de prisión la familia se trasladó a Valencia: la envidia desatada da miedo, siempre; hubo demasiadas agrupaciones familiares. Era un crío entonces, y me contaba su primo como se tumbaban en los boquetes que habían cavado las bombas, a ver tumbados el bombardeo; acababa, y a casa. Hacían chiquilladas con la banda de música, con los milicianos, por todo; eran tiempos de guerra y nadie confiaba ya en nadie; Machado había ido de Venta Mina a Rocafort ya aberrado de todo y rezongando de los suyos; resulta extraño que sus días en Venta Mina nunca sean reflejados en la historiografía oficial.

En el mientras tanto, hizo el bachiller en Los Dominicos.

Corrían los años 90 cuando dediqué un tiempo a una de las cosas que más compartíamos mi padre y yo: Tip. Sabiendo que iba a las mascletás, y que luego se iba de cañas, me apostaba tras las mascletás en la barra de las tabernas de Mosén Femades, esperando la coincidencia; tardó tres días en apercibirse: o en hacérmelo saber “*oiga joven, le veo a menudo*” y unos días compartí cañas con Tip; sabiendo por qué puerta salía del ayuntamiento, me hacía el encontradizo: yendo hacia Mosén Femades se nos acercó un joven a pedir “*llevais algo suelto*” “*sí*” contestó “*el vientre*” y ale, a tomar cañas. En la distancia corta, Tip era buen averigüador y tampoco andaba yo con secretos: él había estudiado en La Alianza Francesa, y era más joven; por eso mi padre decía que no podían haber coincidido, pero Tip recordaba una función que había hecho, mi padre, de “*La venganza de Don Mendo*” datos que ambos lados me contaron; supongo que a mi padre le hubiera gustado saber a quien había tenido de público.

Acabada la guerra, mi abuelo dio final también a ello: aquí acaba esto.

No aceptó la alcaldía de Buñol, ni quiso honras ni ascensos; la guerra había acabado, adelante. Era médico.

Mediaba la carrera y mi padre, alférez provisional, era el encargado de la vigilancia militar de las obras del pantano de Benagéber.

Y esto es España: lejos de las leyendas inventadas de feroces enemistades y abundantes odios sin zanjar, los maquis eran habituales. En el puesto de guardia jugaban a las cartas con los maquis, y hablaban de la situación. Supongo que eso no se reflejaba en los partes, y adelante con todo; en Buñol, mientras tanto, había alguna vecina que sabía exactamente que esa noche “*una*” se iba a poner de parto; si estaba mi padre iban los dos: a ningún maqui le faltó la atención médica en la zona en todo aquel tiempo, que fue corto, y revelador: Álvaro Casado, joven guardia civil del puesto de Buñol, hizo una de las cosas más valientes de las que tengo noticia: acorralado el maqui en una covacha apenas profunda, en vez de ametrallarlo o meterle una granada, se puso frente a la cueva, se quitó el cinto, fue hacia él “*vamos a hablar*” y el maquis se entregó. Lo fácil hubiera sido ametrallarlo, y no hubiera pasado nada; hay que tener mucha hombría para actuar así.

Y mucha limpieza de corazón.

Los cuentos que oigo ahora de la guerra civil son muy extraños, suenan más a cuentos de asustar niños que a criterios adultos de comprensión de la realidad. Acabada la guerra, los combatientes no arrastraban rencores, ni odios, ni maldad: bastante habían tenido; claro que siempre hay malasombras. Hubo un proceso que yo he vivido y no sería decoroso develar todo por mi parte, pero sí es fácilmente constatable: algunos de los que habían emigrado en, y tras la guerra, a partir de los cincuenta empezaron a volver: el proceso al que yo he asistido consistía en que, en la confianza de la relación con el médico, le escribían, muchas veces sólo con el nombre y sin dirección, a Buñol, y la carta llegaba: indagaban discretamente sobre la vuelta; los posibles rencores, represalias, en cartas que evidencian mucho afecto, nostalgia y sentimientos nobles y los miedos lógicos en las personas; las cartas eran contestadas, todas; muchos volvieron. Por ahí anda su estirpe. Ellos hablen.

Y estalló el polvorín.

Se mantenía en Corrons desde la última república y era un puesto de artillería bastante importante donde se montaban y desmontaban artefactos: junto a él hubo una fábrica, y un orfanato: el estruendo debió ser tan impactante que el pueblo tendió a irse en avalancha hacia Venta Mina: debió ser un espectáculo precioso; todo el pueblo entró en pánico, al punto que cuando la situación empezó a estar controlada la Guardia civil recorrió todo el pueblo, apagando fogones, que hasta hubo quien se dejó la comida al fuego; aún vive quien vivió aquello, a su palabra fío. Mi familia se quedó en casa, bajo el pino, mi abuelo dijo que era lo más seguro, me contó mi abuela; y contra la voluntad de mi abuela y en el silencio de su padre, mi padre fue acercándose a “oler” y, con más picardía de la que yo desarrollo, reptando por las acequias llegó hasta el asilo: quedaban unos cuantos críos, y en fila, los sacó de allí por la red de alcantarillas. De aquel hospicio no murió nadie.

Nunca consintió en contarme esto mi padre. Me lo contaban los viejos de la Calle Nueva y de la calle del Río, y les creo, pero jamás mi padre me contó esto. Le impusieron dos medallas, una militar y una civil, pero nunca alardeó de ello ni hizo mención ni consintió que se hiciera un acto público de imposición; pero eso, queda en los registros. Y algo sé de historia, o de estudiarla.

No consintió en hablar conmigo de ello, y debió influir en los vecinos para que yo olvidara el tema.

Olvidado, como todo lo que he olvidado.

En el avatar, la vida va yendo, y mi abuela, espantada de enterarse de que mi padre hacía de pianista, figurante, actor ocasional y demás, mientras estudiaba medicina, en los teatros de Valencia (*hubo un momento –normal, por otra parte- en que hubo un fervor evangelizador en Valencia, con congresos, juntas, y montones de actos litúrgicos; había sido la última capital republicana al fin y al cabo; los teatros y café teatros perduraban; y hasta los sesenta los prostíbulos de Valencia eran famosos en toda Europa*) decidió tomar cartas en el asunto; mi abuela habló con mi abuelo, y a acabar la carrera a Salamanca.

Mantuvo ignorante a la familia de que se sacaba unos duros de pianista en un café; acabó la carrera, algo hubo con una mujer, a mi abuela no le gustó.

Madre buñolera.

Y esto me lo contó mi abuela, que por mi padre no lo pude indagar. Mantenía su criterio de padre católico, y del pasado me resultaba difícil indagarle; realmente era

imposible. Tendía, como mi abuelo, a dejar el pasado atrás y afrontar los días conforme venían. Intentó inculcarme una buena formación, el resto es culpa mía.

Cuando ya estaba establecido en Buñol, murió mi abuelo; hubo problemas burocráticos para poder mantener la plaza, y hay un viaje en Vespa cruzando España que le acompañó uno de los Panchitos de la posada; y la vida sigue.

Asentado, alguna inquietud le movió: atendía a la gente en las casas, atendía a la gente en el castillo. El médico tenía todas las puertas abiertas de todas las casas, y en muchos casos junto a la medicina estaba el dinero para comprarla y un avío de comida que iba desde mi casa: la rica, era mi abuela. Se establecía la relación de médico y paciente en unos parámetros de confianza e intimidad que yo no traicionaré; de algunas cosas la solución me la ha dado el tiempo y mi vida, otras las viví; de otras, me las han contado los implicados, pero muchas cosas se solucionaban en la intimidad de la alcoba del enfermo, y no hablo sólo de enfermedades; la segunda generación de médico en una familia ya forma parte de la estructura familiar; en éste tiempo de medicina protocolarizada y estandarizada, de funcionamiento industrial, suena, imagino, que ya a fantástico este tipo de relación; pienso que eso es una pérdida que tenemos todos, a todos los niveles. Yo he ido siendo un crío en mitad de la noche conduciendo el seiscientos hasta los escalones que hay en la torreta, y vuelta a mi casa; el castillo estaba habitado, con un sistema de aprovechamiento autoorganizado que venía funcionando desde que cayó la muralla; aquello no era marcha de vida.

Supongo que todo esto actúa en el espíritu de la persona: acumula, condiciona, se habla lo que se puede, en confianza, con quien se puede, se piensa, alguien dice algo, alguien secunda, alguien lanza el reto, se recoge.

Y montaron la asociación pro-castillo de Buñol.



Vicente Cano era maestro nacional, trataba con los niños de aquellas casas y era una persona perspicaz; fue su empeño y obcecación lo que hizo que hubiera una biblioteca en Buñol; José María Ortiz tenía una droguería, era practicante, y aplicaba los tratamientos recetados: en aquellos tiempos un practicante era una persona con una preparación sanitaria más que loable, y normalizada; sensato, paternal siempre conmigo, y trabajador: constituyeron pues el núcleo de acción de esa asociación, que pagó casas nuevas a los que vivían en el castillo y además sin prisas, ni pausas, pero hicieron del castillo un monumento. Tengo el registro de cambios, uno a uno; y nadie fue injuriado, menospreciado, ni favorecido; se vació así el castillo.

Entramos en la mayéutica y la hermenéutica de la historia: en el momento en que Fraga se baña en Palomares, el momento en que la avenida del Oeste en Valencia había roto el barrio gótico mayor y mejor conservado de Europa, y se estaba aparejando la finca de hierro, se estaba destrozando el casco histórico de Valencia, se estaba empezando a urbanizar la costa, y la barra de la albufera se llenaba de construcciones, en la España en la que a cuenta de promocionar el turismo se urbanizaba todo, en la España del origen de muchas de las actuales fortunas nacionales, en lugar de aprovechar y hacer dinero, se recupera el castillo de Buñol.

Tontos, no eran; las sirenas cantaban, de lo cual doy fe; y la posibilidad de haber actuado de otra manera existía, era persistente, y desde luego, atractiva, o eso parece en estos tiempos de codicias desatadas y avaricia como ley.

Tres de pueblo, obcegados, salvan el patrimonio cultural de un pueblo, despreciando la posibilidad de enriquecimiento, de ascenso social, y medro, en general.

No fue así.

Ellos tres solos no hubieran llegado a ninguna parte. Fueron el núcleo central de la asociación pro-castillo; los inventores, la organización y los órganos decisorios, pero en esa faena se implicó todo Buñol: los empresarios, y los trabajadores, los agricultores y ganaderos, los asalariados y los tenderos, los católicos y los increyentes, los Litros y Los Feos, el pueblo y Las Ventas; todo Buñol asumió esa carga, económica social, y espiritualmente, y los castillejos a la vez que eran perceptores del cambio también

colaboraban. Todo el pueblo estaba en la faena, y así se hizo. Y eso, a mi padre le encantaba.

Unieron a todo Buñol en una obra común.

Yo soy de Buñol. Sé que eso, es imposible.

Pero lo hicieron.

*Facere et non loqui* es el frontispicio de la Topografía médica, y quizá sin saberlo tal hicieron; haced y no hablar, y sin saberlo probablemente ni ellos, hicieron lo imposible: unir al pueblo, recuperar un castillo, negarse a los cantos de sirena que venían de todas partes para un proceso de urbanización “moderno” y un montón de dinero, y dejar algo para la posteridad: más que la historia del castillo, que la sé y tengo escrita, más que su concepción como trama de la historia y su configuración y evolución constructiva, que abarca los momentos de la historia uno a uno bien reflejados, más que la concepción arquitectónica de un castillo mal estudiado y peor narrado (*que yo aún no he sacado lo mío*) lo más grande que se hizo ahí fue recuperarlo para el pueblo, y en ese momento, por tres elementos con mi padre a la cabeza visible, y hacer que el pueblo fuera uno, una unidad sagrada en defensa de sí mismo sin saber ni siquiera ellos lo que estaban haciendo, en su grandeza.

Demuestra el castillo cada vez que lo veo que Buñol fue un pueblo unido.

Contra la codicia. Contra el olvido. Contra la envidia. Contra la apariencia.

Tenía ocurrencias mi padre, y yo siempre estaba ahí: habíamos quedado con el tío Martín, el cohetero, y un poco más arriba de la torreta había un problema: mediaba la mañana, con mi padre, su hermano y Paco Pucha, había que aprovechar y hacer unos arreglos en una pared: era domingo de fiesta, y recuerdo a Pucha arremangado, sin chaqueta y sólo con la corbata metida en la camisa con la paleta ayudando al albañil a hacer un apaño arriba del tramo de escaleras de la torreta; En todos los trajines siempre había buñoleros; Ladislao estaba a todas las faenas, siempre discreto, al punto de que no sabías de dónde había salido; siempre había muchas manos para hacer cosas. Llegó Martín, y por la escalera que había subimos a la torre “*hará falta ayuda*” y alguien bajó al pueblo. El cañón

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

